

anhelo de seros grato y con el placer de trabajar para vos.

Á M. THIRIOT

13 de noviembre de 1738.

Querido amigo: Ya considero que véis las cosas diversamente que vuestro amigo. Sin duda os imagináis, sentado á la mesa, en compañía de madama de La Popelinière y de M. Desalleurs, que las calumnias de Rousseau no me perjudican porque no echan á perder vuestro vino de Champagne; pero yo, que no ignoro que durante diez años se sirvió de las plumas de Rousset y de Varenne en Amsterdam para ensuciar mi nombre ante la faz de Europa; yo, que por la indignación del príncipe real contra tan repetidos epigramas, reconozco muy bien que esas flechas dan en el blanco, en modo alguno puedo estar con vos de acuerdo en este punto. No sé por qué me citáis el ejemplo de los grandes autores del siglo de Luis XIV, que tuvieron enemigos, pues en primer lugar contaban con protectores, y en segundo un mérito señaladísimo que podía llevar consuelo á las almas. Lo que me ocurrió á fines de 1736 debe tenerme alerta. De sobra sé que los periódicos pueden ocasionar impresiones perversas y que al fin se logra envilecer á un hombre á quien impunemente se ultraja: y nunca toleraré que nadie se acostumbre á hablar de mí de un modo inconveniente. Mi sensibilidad debe pareceros bien: un amigo debe interesarse por la reputación de un amigo, lo mismo que por la suya propia.

Veo que así lo hacéis, puesto que me enviasteis algunos reparos sobre las epístolas: de todo corazón os

lo agradezco, y estad seguro de que no caerán en saco roto. Seguid aconsejándome así, pero considerad que ese algo *sorprendente y vivo* que buscáis, deja de ser tal cuando con frecuencia se repite.

Non fumum ex fulgore, sed ex fumo dare lucem.
Cogitat¹.

No puedo ser por completo de vuestro parecer en todo, pues me censurabais por imitar á Despréaux y ahora queréis que á él me parezca. ¿Tantos rasgos y tanta viveza encontráis en sus epístolas? Parece que el mayor mérito de ellas consiste en la naturalidad, corrección y sensatez; no hay que buscar en ellas sublimidad, gracia ni sentimiento.

Advierto que proscibis la *barca* de los reyes; sin embargo, aquí no se trata sino del ligero esquife, de la barca de la dicha, de la barquilla que todo individuo gobierna, ya sea rey ó ganapán; pero como el vulgo sólo se representa á los monarcas en un buque armado de cien piezas de artillería, y como hay además que acomodarse á las ideas recibidas, sacrificaremos nuestra barca.

Á medida que las manchas se descubren, voy dando pinceladas; ayudadme á distinguir aquéllas, pues la multiplicidad de mis quehaceres, junto con el maldito amor propio, hacen que veamos las cosas turbias. *Vale, te amo.*

AL PRÍNCIPE DE PRUSIA

Cirey, 1.º de Enero de 1739.

Jeune héros, esprit sublime,
Quels vœux pour vous puis-je former?
Vous êtes bienfaisant, sage humain, magnanime:

1. Horat., *de Arte Poética*, v. 113.

Vous avez tous les dons, car vous savez aimer.
 Puissent les souverains qui gouvernent les rênes
 De ces puissants états gémissant sous leurs lois,
 Dans le sentier du vrai vous suivre quelquefois,
 Et, pour vous imiter, prendre au moins quelques peines !
 Ce sont là tous mes vœux ; ce sont là les étrennes
 Que je présente à tous les rois.

Dispuesto estaba á seguir por este tenor, cuando llegó á mis manos la carta de Vuestra Alteza Real y la epístola al príncipe que tiene la dicha de ser vuestro hermano. ¡ Ah, monseñor ! pasmado estoy de lo bien que empleáis vuestros ocios, como asimismo de que el talento de hacer versos, extraordinario en todo hombre nacido fuera de Francia, y más raro aún en una persona de vuestra categoría, se acrecienta y fortifique de día en día. Mas ¿ de qué labor no sois capaz ? Y desde la ciencia de los reyes hasta la música y el arte de la pintura, ¿ qué empresa no sois capaz de llevar á cabo ? ¿ Qué presente de la naturaleza no embellecisteis con vuestros desvelos ?

¡ Cómo, monseñor ! ¿ es verdad que Vuestra Alteza Real tiene un hermano digno de su persona ? Dicha bien rara es ésta ; pero si no lo fuera enteramente, tendría que serlo después de la hermosa epístola de su hermano mayor, y será el primer príncipe que hayarecibido una educación análoga.

Tengo entendido, monseñor, que uno de vuestros antepasados mereció el nombre de Cicerón alemán ; ¿ no fué Juan II ? Vuestra Alteza Real puede tener la seguridad de mi respeto hacia este príncipe ; pero estoy convencido de que Juan II no escribía el francés como Federico. Y en punto á versos, reto á toda Alemania y á casi toda Francia á que haga nada mejor que esta hermosa epístola :

O vous en qui mon cœur, tendre et plein de retour,
 Cherit encore le sang qui lui donna le jour !

Este *encore* me parece una de las mayores finezas del arte y de la lengua ; es expresar con energía, en dos sílabas, que por segunda vez se ama á los padres en el hermano.

Pero si Vuestra Alteza lo tiene á bien, no escriba opinión con *g*, dignándose devolver á esta palabra las cuatro sílabas de que consta ; éstas son las ocasiones en que precisa que los grandes príncipes y los genios no menos grandes cedan ante los pedantes.

Toda la soberanía de vuestro genio nada puede contra la sílaba, y tampoco sois dueño de escribir *g* donde no la hay. Puesto que de sílabas estoy hablando, suplicaría á Vuestra Alteza Real que escribiera vicio con *c* y no con dos *eses*. Mostrándoos atento á estos detalles, Vuestra Alteza pertenecerá á la Academia cuando guste, y dejando aparte el principado la honrará notablemente. Pocos académicos se expresan con tanta energía como mi príncipe, y la razón de que así suceda es que piensa con mayor intensidad que ellos. Hay en vuestra epístola un retrato de la *Calumnia* digno de Miguel Ángel, y otro de la *Juventud* que Albano no desdenaría.

Con respeto profundo, admiración sin límites y el cariño que me consintáis, seré siempre vuestro muy humilde servidor.

AL SEÑOR CONDE DE CAYLUS

Señor : Vuestra carta me llena de gozo y agradecimiento ; ya sabéis que los progresos de las artes me desvelan casi lo mismo que á vos, en particular la es-

cultura y la pintura, á las cuales soy mero aficionado. El señor Bouchardon es nuestro Fidas; en su idea del amor, que trueca en arco la maza de Hércules, descubro la huella del genio; pero en este caso el amor habria de tener dimensiones considerables y habria de permanecer en la actitud de un mozo de carpintería, siendo preciso además que la maza y él sean de la misma altura con escasa diferencia. Hércules tenía, según dicen, ocho pies de longitud y su maza como seis. Si el escultor observa estas dimensiones en su obra, ¿cómo reconoceremos al amor niño, tal y como debe siempre representársele? ¿Acaso creéis que el amor, derramando virtutas á sus pies con el escoplo, sea cosa agradable á la vista? Además, viendo una parte de este arco salir de la maza, ¿se comprenderá que se trata del arco del amor? Y la espada á sus pies, ¿mostrará bien á las claras la del dios Marte? ¿Y por qué de Marte y no de Hércules? Tiempo ha que se pinta al amor jugando con las armas de ese dios, lo cual es en verdad pintoresco; pero mucho recelo que la idea de Bouchardon sea exclusivamente ingeniosa. En pintura y escultura ocurre, á mi ver, lo que en la música; no son capaces esas artes de exteriorizar el espíritu: un madrigal ingenioso no puede ser formulado por un músico, ni una delicada alegoría, que habla sólo á la mente, puede expresarse mediante la pintura y la escultura. Á lo que creo, para expresar una idea delicada, es menester animarla con alguna pasión, caracterizarla de una manera no equivoca, y, sobre todo, que la expresión de esa idea se muestre con igual encanto á la vista que al espíritu. Si estos requisitos dejan de concurrir en la obra, se dirá que un escultor quiso caracterizar el amor é hizo al amor escultor. Si un pastelero se hiciera pintor, idearía al amor sacando pastelillos de su

horno, lo cual á mis ojos sería un mérito, siempre y cuando que la cosa estuviera bien hecha; pero la sola idea de que el ejercicio de la escultura produce callos en las manos, puede ya desfigurar al amante de Psiquis. Finalmente, la objeción magna que se me ocurre es que si el señor Bouchardon puede hacer con su mármoldos figuras, será deplorabilísimo que una maza grande y fea ó una macilla falta de proporción echen á perder su obra. Acaso me engañe, y sin duda me engaño realmente si desecháis mis reparos; mas, de todos modos, cabe preguntar en qué consistirá la belleza de su obra, la cual exclusivamente consiste en la actitud del amor, en la nobleza y en el encanto de su figura: en lo demás, la vista no encuentra atractivo alguno. ¿No es evidente que una mano bien hecha y unos ojos vívidos, valen más que todas las alegorías? Yo quisiera que nuestro gran escultor hiciera algo en que se sintiese la pasión. Puget expresó tan maravillosamente el dolor! Un Apolo que acaba de matar á Jacinto; un amor que contempla á Psiquis desvanecida, una Venus junto á Adonis expirante, tales son á mi entender los asuntos que pueden avalorar las partes todas de la escultura. Grande es mi desfachatez al hablar así ante vos; mi temeridad exige mil excusas.

Nada tengo que decir de la hermosa fuente ¹ que embellecerá nuestra capital, sino que sería de apetecer que el señor Turgot fuera nuestro edil y nuestro pretor perpetuo. Los parisienses debieran mostrarse más celosos por la estética de su ciudad, destruyendo los monumentos de la barbarie gótica, particularmente las ridiculas fuentes de aldea que desfiguran nuestra capital. No dudo que Bouchardon hará de esa fuente

1. La de la calle de Grenelle-Saint-Germain.

un hermoso trozo de arquitectura; pero ¿qué significan las que se ven pegadas á los muros en las calles y ocultas á medias por las casas? ¿Y qué significa una fuente con solos dos caños, donde los aguadores irán á llenar sus cubas? No se construían así las que forman el ornato de Roma. El librarnos del gusto mezquino y grosero nos cuesta un trabajo heroúleo. Es menester que las fuentes se coloquen en las plazas públicas y que los hermosos monumentos se muestren bien visibles. En el extenso barrio de Saint-Germain ni siquiera hay una sola plaza pública; esto parte los corazones. París es como la estatua de Nabucodonosor, compuesto la mitad de oro y de barro la otra mitad.

AL PADRE PORÉE

JESUÍTA

Cirey, 15 de Enero de 1739.

Queridísimo y reverendísimo padre: No había yo menester de tantas bondades habiéndome anticipado con mis cartas á vuestra justificación amplísima, y no precisamente á vos, sino á mi persona relativa, pues en verdad, si realmente hubierais escrito alguna palabra que en mi favor no recayera, habriala sin duda merecido. Siempre traté de mostrarme digno de vuestra amistad y nunca dudé de vuestras bondades.

El fragmento que habéis tenido la bondad de enviarme me deja ansioso de conocer el resto; el *non plane cæcus* es una recompensa bien escasa para un hombre que ideó una nueva óptica completamente fundada en la experiencia y en el cálculo y que bastaría por sí sola para colocar á Newton á la cabeza de los físicos.

Os ruego que tengáis la bondad de ofrecer mi sincero homenaje á vuestro animoso hermano, que tan

varonilmente sostiene la teoría de los rayos de colores. Bien extraño es que haya alguien que piense de modo distinto.

Como débil homenaje de vuestro amor á la antigüedad, el envío de *Mérove* era para mí una deuda sacratísima. Aunque la obra no sea digna de seros presentada, quise que la leyerais para enmendarla.

Mesena no es un error del copista; bien sabéis que el Peloponeso (hoy Morea), estaba dividido en varias provincias: la Acaya ó Argólide, donde estaba Micenas¹; Mesenia, cuya capital era Mesena; la Laconia, etcétera.

Suprimiré sin ningún reparo todo lo que os choca en el suicidio, pero me permitiré deciros que penséis en el libro IV de la *Eneida* y en todos los poetas de la antigüedad.

No puedo menos de apuntar aquí mi parecer sobre esas escenas de ternura reciproca que quisierais ver entre Mérove y su hijo: éstas son precisamente las que deben evitarse con el mayor cuidado, pues, como sabéis mejor que yo, nunca la pasión reciproca emociona al espectador; sólo las pasiones contrariadas placen. Las escenas entre una madre y un hijo que en nuestro gabinete suponemos dignas de emocionar, truécense en insípidas cuando al teatro se trasladan; aquéllas deben ser combates, y las en que dos personajes temen, aman y desean la misma cosa, lindarian con el último grado de lo soso. El gran arte debe evitar los lugares comunes, y sólo la frecuentación del mundo y el hábito del teatro pueden acreditar la evidencia de esta verdad.

Tan penetrado está de ello el marqués de Maffei, que

1. La *Acaya* no es la *Argólide*, según hace observar monsieur Beuchot.

llevó el artificio hasta el extremo de no sacar á escena una madre con un hijo, sino cuando aquélla quiere matarle ó reconocerle en la última escena del quinto acto; yo le hubiera imitado á no haber dado con el recurso de hacer que la madre reconociera al hijo en presencia del propio tirano. Y esta solución fuerza un nuevo defecto si no diera lugar á un nuevo peligro.

Resumiendo: el mayor defecto en que las artes pueden incurrir es lo que llamamos lugares comunes. Considero inútil entrar en nuevos detalles, y solamente os ruego consideréis que está muy lejos de ser un lugar común la veneración que me inspiraréis toda mi vida. Ruégoos que conservéis vuestra salud, que por dilatados años seáis útil á la sociedad y que forméis espíritus rectos y corazones virtuosos.

Decid á vuestros amigos todo el respeto que vuestra sociedad me inspira; nadie me la hace más estimable que vos. Con la más cariñosa afección y un agradecimiento eterno, soy, queridísimo y venerando padre, vuestro servidor humildísimo.

A M. HELVETIUS

Cirey, 25 de febrero de 1739.

Querido amigo: Amigo de las musas y de la verdad, vuestro genio es varonil y en vuestra obra centellea la fantasía. Me gustan más algunos de vuestros sublimes defectos, que las bellezas mediocres con que nos obsequian los insípidos. Si me permitis que os diga lo que en general se me ocurre sobre los progresos que un arte tan hermoso puede realizar en vuestras manos, os diré: Al llegar á lo grande, temed caer en lo gigantesco; no mostréis sino imágenes verdaderas y ser-

vios siempre del término más propio. ¿Queréis un precepto infalible para los versos? Allá va: cuando un pensamiento es noble y verdadero, nada tenemos en definitiva; necesario es ver si la manera como lo expresáis en verso será buena en prosa; y si en vuestro verso, despojado de la rima y de la censura encontraréis alguna palabra superflua; si en la construcción de la frase advertís el más mínimo defecto, si olvidasteis una conjunción, si vuestra vista no descubre la palabra más propia ó si ésta no se encuentra en el lugar que legitimamente la corresponde, afirmad con seguridad cabal que el oro del pensamiento no está bien engastado. Creed firmemente que los versos en que se descubran algunas de esas máculas, ni la memoria los retendrá ni serán leídos más que una vez; versos buenos son los que se leen y releen, los que retenemos sin procurarlos. Muchos hay de esta clase en vuestra epístola, y de indole tal que nadie á vuestra edad pudiera componerlos; hace cincuenta años se escribían así. No temáis honrar al Parnaso con vuestro talento, e cual os honrará seguramente, pues no por ellos descuidaréis vuestros deberes, ¡gracioso deberes en verdad! Las funciones de vuestro estado, ¿no están llenas de dificultades para un alma como la vuestra? Esa labor se ejecuta como quien echa las cuentas de sus gastos ó cual se revisa el libro del maestra sala. ¡Bueno fuera que por ser administrador general se careciese de la facultad de pensar! Ático lo fué y fuéronlo igualmente los caballeros romanos, sin que por ello dejaran de pensar como tales. Continúad, pues, querido Ático.

Cariñosamente os agradezco lo que hicisteis por d'Arnaud: me atrevo á recomendaros á este joven cual si fuera mi hijo: le adornan algunos méritos, es pobre y virtuoso, se le alcanza todo cuanto valéis y será vuestro.

tro toda su vida. El beneficio más hermoso de la humanidad consiste en poder practicar el bien; vos lo sabéis mejor que yo y así lo ejecutáis.

A M. DE LANOUE

AUTOR DE LA TRAGEDIA MAHOMET II.

Cirey, 3 de Abril de 1739.

Vuestra hermosa tragedia, caballero, ha llegado á Cirey cuando salían de aquí los Maupertuis y los Bernouilli. Las grandes verdades nos abandonan; pero en su lugar llegan los grandes sentimientos y los muy hermosos versos que valen tanto como las verdades.

La señora marquesa du Châtelet ha leído vuestra obra con tanto placer como la ha presenciado el público. Uno mi voto al suyo, aunque tiene muy poco peso, y agrego mi testimonio de gracia por el placer que me hacéis y la confianza que tenéis á bien depositar en mí.

Creo que entre los modernos sois el primero que haya sido á la vez autor y actor trágico; porque el que publicó *Hércules* con su nombre ¹, no era el autor; por otra parte, el tal *Hércules* es como si no hubiera existido.

Este doble mérito sólo fué conocido entre los antiguos griegos, esa nación feliz de la que hemos recibido todas las artes, que sabía recompensar y honrar toda clase de talento, y á la que no estimamos ni imitamos lo bastante.

Confieso, señor, que experimento un placer increí-

1. La Thuillerie.

ble cuando veo versos geniales, versos nobles, llenos de armonía y de pensamiento: es un placer raro que yo acabo de gustar con la mayor delicia.

Tranquille maintenant, l'amour qui le séduit
Suspend son caractère et ne l'a point détruit. —
Sur les plus turbulents j'ai versé mes fureurs;
A la fidélité réservant la disgrâce,
Mon adroite indulgence a caressé l'audace. —
Dans leurs sanglantes mains le tonnerre s'allume,
Sous leurs pas embrasés la terre se consume. —
J'ai vaincu, j'ai conquis, je gouverne à présent, —
Parmi tant de dangers ma jeunesse imprudente
S'égarait, et marchait aveuglée et contente. —
La gloire et les grandeurs n'ont pu remplir mes vœux;
Un instant de vertu vient de me rendre heureux. —
Tout autre bruit se tait lorsque la foudre gronde:
Tonne sur ces cruels, et rends la paix au monde. —
Cruel Aga! pourquoi dessillais-tu mes yeux?
Pourquoi dans les replis d'un cœur ambitieux,
Avec des traits de flamme aiguillonnant la gloire,
A l'amour triomphant arracher la victoire?

Paréceme que vuestra obra abunda en esta especie de rasgos de imaginación, y cuando hayáis acabado de pulir los demás versos que sirven de engarce á estas piedras preciosas, resultará, seguramente, una versificación muy bella y hasta de nuevo género. Es cierto que los versos trágicos no toleran demasiados atrevimientos; pero también lo es que los franceses han mostrado con frecuencia, en la materia, demasiada timidez. Paréceme muy bien que un cortesano refinado y una marquesa joven empleen en sus discursos únicamente la sencillez y la gracia; pero también me parece que ciertos héroes extranjeros, asiáticos, americanos ó turcos, pueden hablar en tono más orgulloso y sublime: *major è longinquo*. Me gusta oír en boca de Mahomet un lenguaje atrevido, metafórico y

lleno de imágenes. Estas ideas soberbias cuadran bien con su carácter. Ya sabéis que al entrar en Santa Sofía, que acababa de convertir en mezquita, exclamó en versos persas que acababa de improvisar: « El palacio imperial ha caído; las aves que anuncian la matanza han hecho oír sus gritos en las torres de Constantino. »

Por más que muchos pretendan que estas bellezas de dicción son bellezas épicas, los que tal dicen ignoran que Sófocles y Eurípides imitaron el estilo de Homero. Estos trozos épicos, mezclados con arte entre bellezas más sencillas, son como esos relámpagos que vemos á veces inflamar el horizonte, alternando con la luz suave y tranquila de una hermosa noche. Paréceme que todas las demás naciones tienen gran afición á estas figuras enérgicas. Griegos, latinos, árabes, italianos, ingleses y españoles nos echan á una en cara nuestra poesía demasiado prosaica. No pido que se violente la naturaleza, sino que se la fortifique y embellezca. ¿Quién admira más que yo las piezas del ilustre Racine? ¿Quién se las sabe más de memoria? Pero os aseguro que no sentiría el que Bayaceto se mostrase, en ciertas ocasiones, algo más sublime.

Elle veut, Acomat, que je l'épouse. — Eh bien!

.....
 Tout cela finirait par une perfidie!
 J'épouserais! et qui? (s'il faut que le die)
 Une esclave attachée à ses seuls intérêts...
 Si votre cœur était moins plein de son amour,
 Je vous verrais sans doute en rougir la première;
 Et pour vous épargner une injuste prière.
 Adieu! je vais trouver Roxane de ce pas,
 Et je vous quitte. — Et moi je ne vous quitte pas. —
 Que parlez-vous, madame, et d'époux et d'amant?
 O ciel! de ce discours quel est le fondement?
 Qui peut vous avoir fait ce récit infidèle?...

Je vois enfin qu'en ce même moment
 Tous ce que je vous dit vous touche faiblement.
 Madame, finissons et mon trouble et le vôtre;
 Ne nous affligeons point vainement l'un et l'autre.
 Roxane n'est pas loin, etc.

Decidme, señor, si en este estilo, en que se halla escrito todo el papel del personaje turco, reconocéis otra cosa que un francés que se expresa con elegancia y dulzura. ¿No os alegraría hallar algo más varonil y activo y más lleno de vigor en las expresiones de ese joven otomano, que se ve colocado entre Rojana y el imperio y entre Atalida y la muerte? Esto es poco más ó menos lo que decía Pedro Corneille en la primera representación de *Bayaceto* á un anciano que me lo ha referido: « Eso es tierno, conmovedor y bien escrito; pero es siempre un francés el que habla. » Ya comprenderéis que esta ligera reflexión no disminuye nada el respeto que debe al nombre de Racine todo el que ame la lengua francesa. Los que desearían tal vez algo más de colorido en Rafael y en el Poussin, no dejan por eso de admirarlos. Acaso, por regla general, esa sequedad propia de la versificación francesa y ese vacío de grandes ideas es, en parte, la consecuencia de la falta de libertad de nuestra frase y de nuestra poesía. Tenemos necesidad de atrevimiento, y no deberíamos rimar sino para el oído. Hace veinte años que me he atrevido á decirlo. Si un verso termina con la palabra *terre*, estáis seguro de ver la palabra *guerre* al fin del siguiente; sin embargo, acaso se pronuncia *terre* de un modo distinto que *père* y *mère*. ¿Se pronuncia *sang* de modo diferente de *camp*?

¿Por qué, pues, hemos de temer que ofendan la vista rimas que no ofenden al oído? Paréceme que se

debe admitir que el oído juzga de los sonidos y no de la figura de los caracteres. No hay, pues, que multiplicar los obstáculos sin necesidad, porque entonces se disminuyen las bellezas. Hacen falta leyes severas y no una vil esclavitud. Por miedo de extenderme demasiado, no diré más acerca del estilo, pues me quedan otras cosas que decirnos respecto al asunto de vuestra pieza. No conozco ninguno más difícil de manejar, pues por sí mismo no estaba conforme ni con la historia ni con la naturaleza. Seguramente ha sido preciso mucho genio para luchar contra estos obstáculos.

Un monje llamado Bandelli tuvo la ocurrencia de desfigurar la historia del gran Mahomet II, con varios cuentos increíbles, mezclando con ella la historia de la muerte de Irene, que han copiado luego otros veinte escritores. Sin embargo, es seguro que Mahomet no tuvo nunca ninguna querida conocida de los cristianos con el nombre de Irene; que jamás se rebelaron contra él los genizaros ni por una mujer ni por ningún otro motivo; y que este príncipe tan prudente, sabio y político, como intrépido, era incapaz de cometer esta acción propia de un loco, que nuestros historiadores le echan en cara tan ridiculamente. Hay que poner este cuento con el de los catorce icoglanes, á quienes se supone que hizo abrir el vientre para saber quién de ellos había comido sus higos ó sus melones. Las naciones subyugadas imputan siempre á sus vencedores las cosas más horribles y absurdas: es la venganza de los tontos y de los esclavos.

La *historia de Carlos XIII* me ha obligado á leer algunas obras históricas relativas á los turcos. Entre otras he leído hace poco la *Historia Otomana* del príncipe Cantimiro, voivoda de Moldavia, escrita en Cons-

tantinopla. Ni él, ni ningún otro turco ó árabe, se dignan ni siquiera mencionar la fábula de Irene: se contenta con representar á Mahomet como el hombre más sabio de su tiempo. Hay que tener en cuenta que Mahomet, después de tomar por asalto, por una equivocación, la mitad de Constantinopla, concedió capitulación á la otra mitad, y la observó religiosamente, conservando hasta la mayor parte de las iglesias de esta segunda mitad, las cuales subsistieron tres generaciones después.

Pero nadie pudo imaginar en su tiempo que hubiera querido casarse con una cristiana y que la degollara. Lo que digo aquí lo digo como historiador y no como poeta. Estoy muy lejos de condenaros. Habéis seguido las preocupaciones aceptadas y esto basta para un pintor y para un poeta. ¿Qué sería de Virgilio y de Homero si se hubiera querido juzgarlos con arreglo á la verdad de los hechos? Una falsedad, que produce en el teatro una situación hermosa, es preferible á todos los archivos del universo; se hace verdadera á mis ojos, puesto que ha producido el papel de vuestro jefe de genizaros y la situación tan conmovedora como nueva y atrevida de Mahomet hiriendo con su puñal á una querida que le ama. Continúa, señor, formando parte del corto número de los que impiden que perezcan en Francia las bellas letras. Hay aún, no solamente nuevos asuntos de tragedia, sino también hasta nuevos géneros. Creo que los artes son inagotables: el teatral es uno de los más hermosos y de los más difíciles. Sería yo muy digno de lástima si perdiese la afición á esas bellezas porque me dedico á estudiar un poco de historia y de física. Considero á un hombre que hubiese amado la poesía y que se mostrase luego insensible á sus bellezas como

un enfermo que hubiese perdido uno de sus sentidos. Pero respecto á vos nada tengo que temer, y aun cuando hubiese renunciado enteramente á la poesía, diría al ver los vuestros:

Agnosco reteris vestigia flammæ.

VIRG., *Æn.*, IV.

Debo sin duda el favor que recibo de vos á M. de Cideville, mi amigo de treinta años; son los únicos que me quedan. Es uno de los magistrados de Francia que más han cultivado las letras; es un Polion en poesía y un Pilades en materia de amistad. Os ruego que le hagáis presente el testimonio de mi agradecimiento y que lo aceptéis también por vuestra parte. Soy, etc.

AL PRÍNCIPE DE PRUSIA

Cirey, 15 de febrero de 1739.

Monseñor: Llegaron felizmente los aguinaldos. Yo os obsequié como súbdito y Vuestra Alteza Real me regaló cual soberano. Vuestra carta sin fecha, y vuestros lindos versos,

Quelque démon malicieux

Se joue assurément du monde, etc.

disiparon las nubes que iban esparciéndose por el cielo hermoso de Cirey. Los dolores vienen de París y los consuelos de Remusberg. En nombre de Apolo, nuestro maestro, dignaos decirme, monseñor, ¿cómo habéis hecho para conocer tan maravillosamente las condiciones de vida que tan alejadas parecen de nuestro estado? ¿Con qué microscopio pudo la vista del heredero de

una gran monarquía discernir todos los matices que constituyen la más ordinaria de las existencias? Los príncipes nada saben de todas estas cosas; pero vos sois igualmente hombre y príncipe.

El abate Alari solicitaba un día de nuestro monarca el permiso para pasar unos días en el campo, y dijo al rey que deseaba partir inmediatamente: ¡Cómo! respondió el soberano. ¿Vuestro carruaje de seis caballos está en el patio? Creía que todo el mundo podía disponer de un coche tirado por seis corceles á lo menos.

Inclinado me siento á creer en la metempsicosis; menester es que vuestra alma haya vivido mucho tiempo en el cuerpo de algún particular amable como La Rochefoucauld ó La Bruyère. Por demás hermosa es la pintura que trazáis de los poderosos, abrumados por su dicha insípida, por las querellas y los pesares que en realidad trastornan los matrimonios más felices en apariencia. Vuestras ideas son tan copiosas y tan ricas como vuestras imágenes. Con ayuda de una lima de dos maravedises, todo el oro que maneáis estaría admirablemente trabajado. Mientras vos creáis, yo no hago más que cepillar con mi garlopa; por lo cual no me determino á enviar á Vuestra Alteza Real mi nueva tragedia, permitiéndome sólo la libertad de ofrecerle uno de los trozos de la *Henriada* que retoqué poco ha.

AL SEÑOR MARQUÉS DE ARGENSÓN

Bruselas, 28 de julio de 1739.

Señor: Un suizo que se encontraba en Bruselas de paso para París era el encargado de entregar la obra más instructiva que yo haya tenido ocasión de leer de